



STORYBOOK

By:

STORYTELLERS

Brother
STORYTELLING 

Primera edición: Abril 2017, Barcelona
Un contenido impulsado por Brother Barcelona
© Copyrights Brother Barcelona Escuela de Creativos S.C.



Relatos escritos por Storytellers
Estudiantes del Curso de Storytelling 2016

Head Coach of Storytelling : *Gabriel García de Oro*
Introducción y revisión de textos: *Juan Carlos García*
Diseño y diagramación: *Adriá Segurana*
Asistencia y producción: *María Moreno*
Edición general y dirección de contenidos: *Johanna Escobar*

Brother.
STORYTELLING

S T O R Y B O O K
B Y
S T O R Y T E L L E R S


Brother.
Barcelona
— x —
#sosloquehaces

B.

The Storybook son ideas hechas historia. Son las voces de los alumnos de Brother Barcelona resonando en tu cabeza, contándote que han probado todas las posturas de una idea, aprendido todos los juegos de palabras y disfrutado con la experiencia de golpear las teclas. A lo largo de estas líneas verás como nada se convierte en algo, las formas que toma sobre el papel un relámpago y que las moscas lo saben todo. Vivirás misiones suicidas que acaban convirtiéndose en poesía y sufrirás la extraña fiebre amarilla que convierte la vida en un carnaval. Dibujarás amistades, te reencontrarás con el pasado y descubrirás que los pulpos comen shushi en la Gran Manzana. Por último acabarás pidiendo fuego para alumbrar al storyteller que llevas dentro y que se muere por convertir cada idea en historia.

STORYTELLERS:

Laia Rojas **P.7**

Carmen Sirera **P.11**

Italo Rospigliosi **P.17**

Andrés Catama **P.21**

Carolina Sirimaldi **P.26**

Gorka López **P.31**

Alma Gomis **P.36**



Muchas historias. muchas personas. una sola clase. *Laia Rojas.*

FRASES RELÁMPAGO...

- Dicen que el tiempo es eterno pero a mí no me dura tanto.
- Y de repente asoma sin timidez la primera contradicción.
- Parece ser que la serenidad sólo se alcanza con la espontaneidad de quien no la busca pero la reconoce.
- A veces hay sorpresas en la vida. A veces de la nada sale un inmenso algo.

MUCHAS HISTORIAS. MUCHAS PERSONAS. UNA SOLA CLASE.

Quizás necesite al biógrafo de Salvaje para que me escriba lo que yo no puedo ver. A lo mejor me encierran en el manicomio de Nervios para que no cante más a la luna. Si presto atención, puedo oír el eco del músico interrumpido de Natural que ve a lo lejos lleno de melancolía como se libra la batalla épica de Austero. Tendré que ir con cuidado para no cortarme con los cristales de Tímida y agacharme cuando pase por delante de la ventana para que no me vean los amores llenos de odio de Sonrisa.

Entre los callejones de mis pensamientos veo un osito de peluche dentro de una caja, seguramente ese niño esté viajando triste y se lo tenga que devolver a Misterio. Salgo de esos callejones y me siento en un banco de madera, robusto, rebuscado, nada Minimalista, que transmite pérdida y anhelo, ilusión y desgracia al mismo tiempo. Antes de sentarme a respirar mi conciencia, saco una manzana de mi bolso y la poso dulcemente en ese banco antes vacío, ahora lleno de todo con un simple gesto. Veo como las luces se reflejan en recuerdos olvidados, paisajes propios de Romántico, paisajes de mares que viajan lejos, olas que explotan dentro de tu ser y crees que todo está por descubrir, crees que todo es hasta ahora Desconocido.

Y para finalizar sólo quedará un Detalle.

Sobre nosotros, no debajo.

Había una vez... una mosca que siempre se colaba en clase.

Esta mosca tiene una vista supersónica y puede ver lo que escriben los alumnos en sus libretas y ordenadores. También tiene una memoria prodigiosa y almacena en su mente todos los relatos. Lo que no tiene esta mosca es la capacidad de hablar ni de escribir, así que urdirá un plan para poder transmitir todo lo que ha robado mientras leía volando. Ha almacenado las historias y es su deber compartirlas con quién ella crea conveniente.

Decide que para poder hacer de vehículo de estas historias se transformará en un virus informático y entrará en el ordenador del profesor. Puede que también robe alguna de sus historias. A ver qué se encuentra. El sueño inconfesable de la mosca es poder editar un libro. Nunca le dan tiempo, pues enseguida la apartan furiosos con la mano. Su autoestima es un poco baja ya que siempre le dicen que es muy pesada. Pobre mosca, ella quiere demostrar que en realidad es interesante, que tiene mucho que contar.

Así que empieza la misión “Voy a editar un libro y lo vais a ver”.

Entra en clase, como cada martes, como todos los jueves. Vuela rápido y muy arriba lejos de las manos de cualquiera, y observa.

Vaya, han venido todos, no se pierden una clase – dice la mosca - Me voy a poner en esta esquina del proyector, que no me vean. Mira, ya empiezan.

El folio en blanco se ve enorme en la pantalla de la pared. ¿De qué escribirán hoy? Me encanta verlos tan atentos y disimulando para que no les escojan para salir. Esa chica de ahí quiere fundirse ahora mismo, parece que está rezando a alguien para no salir. Pobre, es un fastidio lo del pánico escénico. Ojalá pudiera salir yo, contarles todo lo que he visto hoy.

Ojalá alguien me diera una oportunidad. Solo por ser una mosca no significa que no tenga miles de cosas para compartir, más de miles, las almaceno todas sin que nadie las sepa. Solo quieren matarme. ¿Pero se puede saber qué les he hecho? Habrá alguna ley humana que obligue a matarnos, porque sino no tiene sentido. Vaya, me he perdido el poema. Voy a leerlo luego con calma. Si me pongo en esta esquina tampoco me ven.

Lo tengo decidido, voy a leer todo lo que escriban. ¿A ver? Mmm... interesante. Así que el pobre niño ha perdido su osito de peluche. Vaya, imagino como estará. Desconsolado, sin remedio, perdido en la incertidumbre. Me acuerdo cuando perdí un trocito de mi ala de pequeña. Fue horrible. Creía que nunca podría volar. Creí que el futuro me había dado la espalda. El miedo a lo desconocido nos paraliza sin remedio. Pobre niño... Pero al final entenderá algo, al final aprenderá una lección de vida que será más importante que la pérdida. O eso espero. Este grupo tienen la manía de matar a todo el mundo. Ojalá no me vean.

Esta chica escribe sobre un músico. ¿Cómo será la música? Yo no escucho nada. No me asustan los golpes

o los gritos, solo deduzco que pasa algo. Me paso el día deduciendo cosas, examinando caras y gestos. Algo tendrá la música que les cambia la cara, los ánimos varían. Algo tendrá la música. Sería divertido descubrirlo alguna vez.

Pero yo no soy como esas moscas que lloran por lo que no tienen. Yo soy una mosca satisfecha. Menos cuando intentan matarme. Me encantaría poder hablar para gritar a los cuatro vientos: -¡No me matéis! ¡Soy una mosca buena!- Pero puedo hacerlo de otra manera. ¡Claro! ¡Haré que lo lean!

¿A ver? Este está escribiendo sobre unos locos. Ah no espera, ha pasado la página y está escribiendo sobre una fiesta. Vaya, una fiesta donde hay música. Ya estamos con la dichosa música que no puedo escuchar. Soy una mosca satisfecha sí, pero si tengo que leer todo el rato sobre algo que no puedo entender creo que al final conseguirán que me deprima.

Voy a ponerme encima del respaldo de esta silla.

Me encantan las manzanas, dulces, redondas y grandes. Me da igual si son rojas, verdes o amarillas, me encantan todas. Soy bastante abierta de mente y de gusto. Mientras sea dulce me lo como, siempre pendiente de las manos que quieren atraparme. Pero vaya festines. Qué recuerdos. A ver qué más escribe esta chica. Un árbol. Ah los árboles, que grandes aliados. Son muy serios pero al final siempre te sonríen, mueven sus hojas cuando se despiden. Majestuosos. Educados.

Quiero contarlo todo. Quiero hacer algo para que estas historias no se pierdan. ¡Ya lo tengo! Me colaré dentro del ordenador del profesor. Ahí están todas las historias almacenadas. Podré editarlas y escribirle todo el mundo que las moscas también existimos. A ver, intentaré colarme por este agujero que parece más grande. Suerte que he estado a dieta, sino no pasaba seguro.

Tendría que llamar a mi primo el informático. No entiendo nada, tantos cables, rendijas, todo alineado con un orden que no comprendo. No cuesta tanto hacer cosas comprensibles y fáciles ¿no? A ver, este parece un agujero importante. Voy a meterme por aquí. Copiaré ésta carpeta a ver qué pasa. Documentos... ¡Listo! Espero acordarme de la salida sino voy apañada. Atrapada entre cables y acero, frío e impersonal, qué manera más tonta de morir. Siempre creí que sería un buen manotazo el que me mandaría al otro barrio. ¡Luz! Por fin.

¿Qué me habré perdido? Siguen escribiendo sin parar. A ver, me volveré a esconder en el proyector que parece el lugar más seguro.

Hasta el siguiente martes.



Viaje al centro de mi pecho.

Carmen Sirera.

Como amputarte las manos y la cara pagando por una estancia de lujo.

Misión (suicida): Desierto de Bardenas

Trayecto (25km): aire de Bardenas - Bardenas del real

Transporte: Bicicleta

Outfit: asos y Bershka

Hora de salida: 11'30 am

Hora de llegada: 18'30 pm

Solo con los datos proporcionados creo que la imagen de nuestras caras y la sensación de nuestras piernas pueden intuirse. Normalmente la gente que viene a un hotel como el Aire de Bardenas viene con coche y con un planteamiento mucho más snob que el nuestro.

Pero si no fuéramos así de inconscientes no seríamos nosotros, así que vinimos sin coche.

Para ir al punto de información desde el que la gente suele salir hay unos 20 kilómetros, pero cuando esta mañana la chica de recepción nos lo ha advertido nos hemos mirado, la hemos mirado, hemos sonreído y dicho...bah, estamos como piedras...motivados. Venidos arriba.

Así que con unas bicis que pesaban dos veces yo, nos armamos de valor con nuestras chaquetas de mierda, nuestros vaqueros que eran como hojas de papel, unas botas rotas, y...no guantes, no gorro y no bufanda. A 7 grados y en bici. Al principio de la aventura todo estaba bien exceptuando que Joaco tenía que lidiar con ese muerto de llevar las ruedas desinfladas...y para aquellos que suelen ir en bici, ya sabéis cómo es llevar una bici con esas ruedas. La peor de las penitencias.

Durante todo el bendito trayecto hasta que llegamos a Arguedas (el primer pueblo pasando la salida para acceder al camino a las Bardenas Reiales), pasamos por una serie de catastróficos cambios climáticos para los que obviamente con esas pintas, no íbamos preparados. Lluvia, granizo y sol. Granizo y piedras en mi cara. Hubieron dos que me dolieron.

Y mientras me golpeaba el tiempo las manos iban perdiendo su función. Hasta el punto de que ya no podía sostener un pañuelo para sonarme y me encantaría estar exagerando, pero no.

Por fin llegamos a un bar en ese desértico pueblo (creo que había más gente en el desierto de Bardenas que en el pueblo), donde nos pedimos unos cafés calientes para abrazarlos con las manos. Nos ardían. Aquel bar era el punto de encuentro de todos los habitantes del pueblo que no bajaban de los 70 años. Todos trabajadores de los campos de Bardenas. Que nos contaron sus experiencias, sus batallas, pero sobre todo nos aconsejaron que nos quitásemos de la cabeza la idea de ir al desierto en bici.

-“¿Queréis un consejo? Volved a Tudela. Estáis a tiempo de deshacer lo andado”-.

Pero obviamente, no cabía en nuestros planes la opción de tirar la toalla. Ni de coña.

Así que, con las pilas un poco más cargadas, retomamos el camino para llegar al punto de información del parque. Que habían como... no sé, 7 km desde donde estábamos. Que parece poco, pero es como cuando te dicen que tienes que preparar una presentación de 10 minutos. ¡Ajá! Todos sabemos que 10 minutos de boquita no son los 10 de práctica. Pues con los kilómetros pasa lo mismo. Y más si llevas un par de muertos entre tus piernas (que me estaba destrozando la vagina literalmente), vas sin manos y cuesta arriba entre abono, piedras y lluvia.

A mitad de camino de arena se para un señor con una furgoneta (porque estábamos resguardándonos de la lluvia debajo de un árbol como si fuéramos unos pordioseros que se han perdido después de robar un centro comercial barato), y nos pregunta que a dónde íbamos. Y yo con toda mi alegría y la inteligencia que me caracteriza le solté un:

-“vamos al punto de información -y hace cara de buuuuf aún os queda- ¡pero no se preocupe! ¡Caminito andandito llegaremos!”-.

Esa soy yo en momentos en los que SÍ hace falta que te echen una mano. Autosuficientemente retrasada.

En fin, llegamos al punto de información y nos dicen que son como 16 km el tramo corto y 34 el largo. No hace falta que diga por cual optamos, el problema es que solo llegamos al maldito Castildarena que es como lo más turístico del desierto y seguramente lo menos impresionante. Pero hasta ahí solo habían 6 km así que...no había duda en ese momento. Pedaleando parecía que nos acercábamos pero resultaba que quedaba la hostia de camino y de repente me aparto para que pase un coche y en parado, que no hay cosa más ridícula, me caigo de la bici en slowmotion a una cuenca vacía. Y me jodo la pierna. Y nos entra la risa. Con mis moños, mi abrigo antorcha, sus pantaloncitos, nuestro cansancio. En fin...un puto desastre.

Obviamente cuando llegamos al castillito de Gaudí hicimos cuatro planos y fingimos que la rueda se había desinflado para llamar al hotel y que nos vinieran a buscar. Porque como comprenderéis, cuando ves a los fotógrafos motivados que bajaban de los coches con polares, bragas, guantes, gorros y botas de montaña, y nosotros de esa otra guisa, no hay nada más que explicar. Casi tuvimos que dar por muertas nuestras manos, nuestras narices y nuestros cuerpos enteros. Por suerte, nos rescataron. Aunque pagando lo que pagamos por la burbuja creo que salvarnos era lo mejor y lo único que podían hacer...

En fin, que lo que decía antes...que sin estas aventuras no seríamos nosotros. Algún día me dignaré a recopilarlas en un libro (sí, hay más de estas). Lo llamaré ‘los eternos supervivientes retrasados’.

Pero me encantan estas escapadas, estas aventuras, porque siempre acaban desembocando en alguna poesía...esta vez me salió una auténtica declaración de amor:

“Y abrazados al calor de un blanco pulcro,
con la temperatura entre nosotros.
Simplemente dejándonos llevar por la falta de gravedad.
Todo tenía magia.
Y flotar estaba permitido hasta entre el recuerdo y el presente.

La noche era hermosa, iluminada, brillante y cegadora.
Ella se las tragó a todas,
y alumbró nuestras pestañas.
Inundó nuestro espacio puro de luna.
Se metió en nuestra cama.
No quisimos despertarla.

Delicados salimos y explotó el huerto en nuestros paladares
¡cómo explotaba la tierra en mi lengua!
Navarra de tinto.
Nos dibujó la elegancia granate en los ojos.

Hicimos el amor a 2 grados y la noche transparente nos arropó a 27.
Se nos caían las estrellas que luchaban por espiarnos entre las nubes.
Hasta que el naranja tornasolado con tintes rosados bañados
en azules dorados nos despertó.
Y las fuerzas se nos vistieron de piña melón y mermelada.

Anduvimos, en un eterno sufrimiento lleno de cariño y ansia.
En un eterno camino a la inmensidad de nuestro mito.

Nosotros.
'Nosotros' es mi auténtico mito.

La sociedad ya no me debe referentes teniendo nuestra historia por escribir.
Entre Tudelas, Arguedas y Bardenas.
Reales somos nosotros.
Iremos tomando formas como el desierto, por los huracanes,
nuestras sales y el tiempo.
Somos de arcilla.
Pero recubierta de piel.

Es pecado follarte antes del matrimonio decían unos libros viejos...
pues me agarro al único elemento de color que hay en la vida.
Que es tu pelo y el cielo de tus ojos.
Que he pecado.
Tantas veces contigo que perdí la cuenta.

Y aunque estemos agotados,
con cada parte de nosotros tambaleándose
en una línea divisoria entre el hastío y la perseverancia,
siempre gana lo segundo.

Y nos salvamos.
Tú a mí.
Yo a ti.
Siempre tú más a mí.

Y caemos rendidos ante la luna,
que nos mima,
acariciándonos con sus nubes grises pero suaves.
El cielo fue tuyo.
Mientras yo soñaba en dorado.
Como ese amanecer que nos advirtió que la arena
estaba acabándose de filtrar...

Pero somos capaces de seguir dándole la vuelta
al reloj cuántas veces queramos.
Porque dueños de esto solo hay dos.
Lo demás es prescindible.
Porque Reales somos nosotros.
Aunque dure lo que un sueño esa energía.”





Fiebre amarilla.

Italo Rospigliosi

Un letrero en la puerta del centro de vacunación advierte:

“La Fiebre Amarilla se cobra muchas vidas. Vacúnate hoy”.

En este momento me doy cuenta de que hice bien en venir a ponerme esa inyección, todavía quiero vivir, por lo menos hasta que acabe el mundial. He caminado mucho para llegar aquí, punto fronterizo entre Perú y Brasil, pueblo de Santa Rosa, lugar olvidado en medio de la selva amazónica.

Me pregunto: -¿Tan brava es esa fiebre que puede matar a un adulto?-

Hace unos años sobreviví a una fiebre muy jodida, la Fiebre Malta. Me ocurrió cuando tenía 17 por comer algún queso de extraña procedencia en una de esas fiestas de quinceañero a las que nos colábamos con los amigos cada fin de semana. Me tocó pagar la cuenta por todo lo que habíamos comido y bebido gratis durante tanto tiempo.

Para colmo, esto me pasó empezando el verano, arrancando las vacaciones, una tortura para un adolescente. Casi no salí de casa por 3 meses, la mayor parte del tiempo en la cama, 12 pastillas diarias. Siempre drogado. De día resaqueado y de noche afiebrado.

Me paraba de la cama de cuando en cuando para mirar por la ventana como mis amigos vacilaban en el parque. A veces me hacían el aguante un rato y conversábamos, hasta que se tenían que ir a la playa y yo volvía a mi tumba para hacer zapping muerto de envidia, molesto con mi mala suerte.

Han pasado muchos años de eso, por suerte nunca volví a enfermarme y ahora estoy aquí, excitado por entrar a Brasil cruzando la selva en una travesía donde la única fiebre amarilla que espero es la que me ataque por tanta garotinha, fútbol y carnaval.

Esta fiebre que mata me ha preocupado, había escuchado de casos en tierras muy lejanas, nunca en el país de al lado. Tal vez los medios no nos lo cuentan, no me sorprendería, prefieren no advertir sobre esta tragedia para no afectar la llegada de turistas en una fecha tan importante como el mundial.

¿Entonces, será que siempre estuvieron afiebrados en Brasil y los efectos son sambar, reír y cantar? Si esta es una fiebre carnavalesca ¡Quiero que me dé esa fiebre!

Pero no, aquí no me dejan cruzar la frontera si es que no me pongo la maldita vacuna, entonces desde la entrada, ya se me niega la posibilidad de ser parte de la comparsa. Cruelles leyes fronterizas que me niegan la libertad de elegir si llevar o no la fiebre fiestera en la sangre.

Este centro de vacunación es muy pequeño, improvisado, y al igual que el pueblo está olvidado. No hay nadie en recepción, no veo a ningún otro paciente o alguna enfermera. Tal vez es una buena señal, puedo irme y sentirme tranquilo de haber hecho el intento; si el policía de migraciones me pregunta por la vacuna diré que estuve aquí 2 horas esperando y no apareció nadie, lo diré molesto, como quien se queja del sistema y de haber perdido su valioso tiempo. Aunque en parte siento que soy afortunado por no encontrar a nadie, así puedo evitar el enfrentamiento con mi demonio más grande y feo, la aguja.

La crisis fuerte empezó cuando tuve que donar sangre para el familiar de un amigo, no pude decirle que no, me preguntó cara a cara y acepté. Doné mi sangre entera, me quedé con poco, di tanta sangre como para pintar de rojo un río y al final me desmayé. Lo último que vi fue la aguja posada a mi lado, la recuerdo borrosa pero eternamente culpable.

Desde ese día necesito atención especial. Me tiene que recibir una linda enfermera, perfumada, totalmente de blanco, pulcra y sonriente. Que se acerque y me diga “Bienvenido Señor Rospigliosi”, me dé un chupetín y traiga una silla de ruedas.

No sé por qué cuando voy por una vacuna no traen la bendita silla, esto lo merece, van a perforar mi piel, atravesarán los tejidos internos y tal vez harán un agujero en el músculo para dejar ahí un antídoto extraño. Para mí, eso es muy serio, me suelo desmayar, y sin la silla de ruedas puedo caer al piso con esta cabeza gigante haciendo un ruido seco que alertaría a todo el pueblo. Se correría la voz y al día siguiente en los periódicos amarillistas pondrían “Va por una vacuna y muere descerebrado”, y de remate, un triple salto a la fama, apareciendo en el programa “Mil formas estúpidas de morir”.

Clínicas, hospitales y centros de vacunación del mundo, están advertidos ¡Sillas de ruedas para todos!

Por fin escucho una voz acercándose, viene por el pasillo, es la voz de un hombre, habla fuerte y riéndose. No entiendo mucho de lo que dice, mientras se va acercando me doy cuenta de que viene solo, habla por teléfono en portugués. Uno de los pocos beneficios que tiene la gente de esta frontera es que manejan los idiomas.

Aquí está, es el enfermero, y no se parece en nada a la imagen que tenía en la cabeza de la enfermera angelical. Lleva un mandil sucio que fue blanco el siglo pasado. Es un hombre regordete de manos peludas, uñas mugrientas y con caminar chueco. Veo sus pies, va en sandalias. Tal vez de ahí proviene ese olor a olvido, a olvido de la ducha y del jabón.

Sigue hablando, no cuelga la llamada, no me saluda, me pregunta el nombre y lo apunta en una hoja suelta, arrugada y garabateada.

Le digo que vengo por la vacuna, no me dice nada y hace el gesto de que lo siga. Voy detrás de él, podría seguirlo con los ojos cerrados, solo guiándome por el “clap – clap” de sus sandalias que van haciendo eco por los pasillos.

De pronto se detiene frente a una puerta, saca del bolsillo un manojito gigante de llaves, tan abultada como la de un carcelario. Él sigue hablando, tiene la habilidad para hacerlo todo con una sola mano, con la zurda. Con esa misma mano me indica que entre a mi celda o al consultorio, que aquí puede ser lo mismo.

Entro en la habitación aún a oscuras, no es necesario que se prendan las luces para que mis sentidos reconozcan inmediatamente donde estoy. Es el mismo lugar de siempre, en otra ciudad, en otro año, he llegado una vez más a “El cuarto del pánico”, en donde te conviene obedecer y no hay salida sin dolor.

El olor a alcohol medicinal ha entrado punzante en mi nariz hasta llegar al cerebro, ha erizado toda mi piel, y en medio de la jungla amazónica he empezado a sentir mucho frío.

Este olor es tan triste como el acero inoxidable. Me recuerda problemas y urgencias. Lo sé reconocer desde chico, cuando mi vieja me mandaba a comprar a la farmacia, también estaba en la enfermería del colegio, a la que iba seguido por alguna herida hecha correteando por el patio, y en el pulcro baño de mi abuela, que tenía detrás del espejo un arsenal de medicinas, entre las que yo buscaba para robar sus caramelitos para la gripe.

El enfermero sigue hablando por teléfono y por fin prende la luz blanca, iluminando las paredes cuarteadas que alguna vez fueron blancas también, color que se pide en la ferretería como “Blanco Muerte”. Las luces en el techo vibran y hacen un ruido continuo parecido al del motor de una podadora.

Mi verdugo en sandalias abre un cajón y saca una inyección. Me pide que me siente. Ya me jodí, lo hará con la zurda y sin colgar la llamada. Miro la luz blanca en el techo pidiendo clemencia. Cierro los ojos y el olor a alcohol me va llevando.

Lentamente empieza a llegar la paz mientras floto por el baño de mi abuela navego en la enfermería del colegio. Esta película ya la vi, ahora todo se va a negro, la voz del enfermero se convierte en una melodiosa bossa-nova que sirve como soundtrack. Va llegando con una brisa suave el profundo sueño. Discúlpenme, pero a mí, me despiertan en Brasil.





Círculos de conversación.

Andrés Catama

¿Te atreves? Entrar a una habitación y asentir con la cabeza, un guiño, la leve sonrisa y el sin fin de fórmulas que conocemos y nos hace creer que tenemos algo de científicos para entablar una conversación con otra persona y con un mayor desafío de hablarle al desconocido como si fuera conocido. “Hola, ¿qué tal?” “¡Ey! cuanto tiempo sin verte” “¿Cómo la estás pasando?” “¿Viste que mono Maradona?” “¿Oye, te acabaste las cervezas? si no, dime dónde las consigues” “¿cómo te parece el curso?” “Ven, te presento a mi compañero de la otra clase” Llevando una palabra a otra, transformándola en algo poderoso, con algo de magia. Así nos volvemos camaradas.

Pero esta fuerza poderosa estaba acompañada de un golpe repetitivo que al escucharlo en su totalidad nos regala ese ritmo, la música. Muy pocos se dejaban llevar por el ritmo y ya no solo se estaban comunicando solo con la palabra. También el cuerpo quiere expresar su lenguaje. Es tal la fuerza de esa conversación que forma una estructura. La que mejor hacemos instintivamente para aquellos que quieren apreciar el centro de atención. Nos volvemos círculos y rodeamos al invisible, apreciando el espectáculo. Esas palabras chocan unas con otras para llamar nuestra atención.

Estos círculos nos dejan en una posición equitativa, un frente a frente. Debatimos temas que nos apasionan, nos vemos las caras al reír, brindamos porque sí y porque no. Así toda la noche. Nos vemos los gestos de desdén al comentario que cayó mal entre los presentes y aquel que resalta la belleza de cierta dama.

Luego de tanta maravilla, de tantos capítulos de vida compartidos en una noche es hora de decir adiós. No sin antes decir que la amistad nunca deja de sorprendernos con sus fabulosas formas, lineales, circulares, triangulares... Solo hay que ver los puntos para conectarlas y dibujarlas como un lienzo en blanco que se devela por su artista.

Ahí lo vi. Entró tratando de socializar, se le veía que intentaba acercarse a las personas, sonriente, moviendo la cabeza, quería agradecer a los demás. Al parecer le costaba conversar, pero al llevar cinco minutos, ese número en una fiesta es mortal, se le veía que quería preguntar pero la suerte no le acompañaba. Señalaba y parecía interesarse en las conversaciones de los demás pero éstos eran distraídos por alguien más amigo que él. Pero continuaba ahí, fiel ante la indiferencia de a quien intentaba hablarle.

Intenta acercarse a la mesa del DJ pero en el último momento cambia de rumbo a la cocina como queriendo disimular que en un principio no iba para ahí. Ahora con cerveza en mano, se recuesta en la pared y al parecer uno de sus amigos se acerca, se ve más.

Gotas

¡Corre, corre! Esa es mi voz interna, la conciencia.

Aunque si mis pies tuvieran una conciencia aparte estarían diciendo “¡para, para!”.

Vengo de una familia a la que le gusta caminar o, realmente, a la que le ha tocado caminar. No significa que yo heredé ese don de resistencia. Sí que lo he hecho muchas veces, pero mis pies no han son del tipo que son tan aquí ya me confundí, no sé como continuar.

Continuo otro párrafo que no sé como conectar al primero...

La calle se ve muy larga. De hecho, se ve más larga de lo normal. Pasé hace unas horas y no era tan larga como ahora. ¡Claro!, justo ahora que necesito que sea más corta se estira a su voluntad. Pero no hay nada más frustrante que ir por la calle que se estira y que esta sea la equivocada.

Es verdad, en la tarde cuando caminé por primera vez por ahí, estaba perdido. Mi mente me jugó una broma. Se familiarizó por esa calle y terminé haciendo el recorrido que justo me dije, no iba a repetir.

Ahora, corrijo y me pongo en modo Usain Bolt, tengo que llegar en menos de diez minutos a la parada del bus, el último del día.





Texto uno. Texto dos.

Carolina Sirimaldi

Las cosas más extrañas pasan en el carnaval del norte.

Ahí donde las comparsas de comadres y compadres se unen en un festejo que empieza con diablos saliendo de fiesta y termina con los mismos diablos tratando de que la fiesta los libere.

Ese carnaval donde la pureza de los pueblos hermanados está en su máximo esplendor y donde las personas no son quienes dicen ser el resto del año, no tienen ciudad de origen, no importa donde han nacido ni cuándo. Así es el carnaval.

Ese año para celebrarlo, Platero había decidido llegar unos días antes a ese pueblo que tanto amaba. Pensó relajarse y disfrutar de las montañas. Llevaba siempre su ukelele con él, era fácil de transportar y si decidía ir hacia las montañas podía perderse por los senderos y probar nuevos acordes sin que nadie lo escuche equivocarse mil veces.

Llegó el miércoles a la tarde a la pensión de Doña Cirila, dejó su mochila, buscó un abrigo y salió para visitar a su amigo Tiago, al que sólo veía una vez al año para la misma fecha en el mismo lugar.

Tiago vivía en el pueblo desde hacía 10 años. Había llegado alguna vez para los festejos como muchos jóvenes buscando diversión en un lugar especial colmado de tradiciones indígenas. Pero cuenta la leyenda que Tiago no pudo irse nunca, las montañas lo iban abrazando al pasar los días y había decidido quedarse sintiendo esos abrazos y viviendo de la música. Esas cosas extrañas que suceden en carnaval. Cantor y guitarrista, se ganaba la vida haciendo música a la gorra en un bar.

Platero lo visitaba siempre que llegaba al pueblo conversaban horas eternas mientras bebían vinos que hacían más interesantes cada anécdota. Cuando fue la hora de que Tiago empiece su actuación en el bar, Platero decidió ir a descansar, aunque su amigo le insistía para quedarse prefirió ir a dormir temprano para aprovechar la mañana del jueves.

Los jueves previos al carnaval se festeja el día de comadres. Todas salen después del mediodía a cantar sus coplas por el pueblo. Esas coplas son buenos augurios para el año entrante. Los compadres no intervienen en nada, solo pueden participar dándoles aliento, ofreciéndoles bebidas y comidas mientras ellas recorren cada una de las calles festejando con serpentinas, confeti, talco y espumas.

Platero quería pasear un poco a la mañana hasta que se comiencen las celebraciones, así que cuando los primeros turistas llegaron al bar donde Tiago cantaba, se escabulló para que no logren convencerlo.

La mañana siguiente despertó más tarde de lo que le hubiese gustado, aunque cuando se acerca el carnaval las horas no importan demasiado. Tomó su desayuno tranquilo, sin leer ningún periódico, cargó una botella con agua para sobrevivir a las temperaturas veraniegas y se fue a caminar solito por la montaña.

Eligió la montaña más árida de todas para hacer la primera caminata de sus vacaciones y cuando encontró el primer sendero levemente marcado comenzó a subir hasta lo más alto. Buscaba esos caminos que tenían pocas huellas, porque entendía que podía encontrar unos de esos paisajes que se asemejan más a un lienzo pintado al óleo que a lo que las retinas pudiesen estar realmente recibiendo. Pero no era tan

valiente como para abrir su propio camino, en definitiva, la montaña a veces era traicionera y prefería no arriesgarse tanto.

Esta montaña colorada era la gloria para él, iba cada año y nunca podía terminar de recorrerla. Cada vez se sorprendía más de la naturaleza de lugar, de las vista y de las figuras que iba trazando la erosión de la tierra.

La caminata en pendiente lo hacía desconectarse de sus pensamientos, así, iba concentrado a cada paso que daba. Platero tenía un excelente estado físico producto de sus entrenamientos diarios para competir en maratones en las que no llegaba nunca a inscribirse. Pero esos entrenamientos hacían que el senderismo algo sencillo para él, sin embargo, se detenía cada 10 pasos, tomaba aire, exhalaba, abría grande los ojos, se sorprendía y continuaba. Jamás dejaba de asombrarse de lo que la montaña le mostraba.

Después de una larga caminata se detuvo en un sitio que parecía ser el punto más alto, al menos de ese cerro. Buscó una piedra cómoda para descansar apoyando su espalda y se quedó ahí.

Rodeado de ese paisaje meditó del rumbo que estaba tomando su vida. De los logros que había tenido, de cuánto le había costado estar donde estaba y de todos los esfuerzos que había hecho. Pero también la angustia alcanza sus pensamientos, hacía una lista de las cosas que se había propuesto y no había logrado.

Platero se planteaba cada año abandonar su trabajo y vivir de la música, admiraba lo que había hecho Tiago, pero no se creía capaz de hacer lo mismo. La música era un lujo que se daba solo en vacaciones y algunos fines de semana, pero nunca intentó hacerlo como un medio de vida.

En ese estado de pensamiento y de reproches comenzó a tocar. Sonaba melancólico por momentos, festivos por otros. Sonaban las melodías que venían a su cabeza, no había partituras ahí, solo improvisaba motivado por el paisaje y por sus pensamientos.

Después de varias horas escuchó un acompañamiento de percusiones a su ukelele, sonaba perfecto, cerró los ojos, disfrutó el momento, bailó internamente hasta que recapacitó: -¡Las comadres ya vienen!- El tiempo había pasado sin que se dé cuenta, no había dimensionado el paso de las horas mientras estuvo en la montaña sentado, disfrutando de su música.

Tomó su instrumento y buscó otro sendero para bajar para evitar cruzarse con alguien; para evitar a las comadres. Es que ellas van muy alegres por la montaña cantando cuando terminan de comer.

Cantan, bailan y festejan y luego hacen lo mismo en el pueblo. Si descubrieran a Platero con su instrumento de cuerdas lo obligarían a que sea el músico de la fiesta.

Platero recordaba cómo, un par de años atrás, estas mujeres tan convincentes lo habían hecho participar tocando carnavales y acompañando las coplas hasta la medianoche del Jueves de Comadres. Siempre se reía al contar la anécdota de que ese día había perdido sus huellas digitales y que los Federales no podrían encontrarlo en mil años. Era el festejo más divertido antes de carnaval, pero no quería él tener que rechazar la invitación porque eso, era de mala suerte.

Así que bajó lo más rápido que pudo, tratando de que no los descubran en medio de la montaña desierta. Llegó a la pensión casi como un intruso, espiando en cada esquina antes de doblar. Después de todo el pueblo solo tiene unas pocas calles y era muy fácil verlo.

Una vez dentro de su habitación, respiró profundo, se alegró de su hazaña, aunque sabía que no podía quedarse encerrado, saldría más tarde pero sin su ukelele. Este año, no quería quedarse en los festejos hasta la medianoche.

Tres golpes en su ventana lo hicieron saltar de la cama.

Ese era el código que tenían con Tiago, salió abrigándose, ya el sol se iba a empezar a esconder y el frío de la montaña se empezaría a sentir. Antes de cruzar el umbral Platero comenzó a justificarse: “Te he dicho que voy a ver la fiesta pero hasta temprano, no quiero que te pongas insistente después del segundo vaso de vino”. - “Uf, para el segundo vaso de vino hace falta que comencemos por el primero- dijo Guadalupe.

Ella había sido su compañera en la escuela primaria, pero Platero no se daba cuenta de quién era.

- ¡Soy Guadalupe... Quiroga... de la escuela nº 22... chuletas... me sentaba atrás de tí... no puedo creer! ¿No me recuerdas? - reclamó ella y continuó- en quinto llené tu cuaderno de pegamento y brillantina... a que ahora sí me recuerdas...

Platero reaccionó, estaba temblando, no podía creer que existan esas coincidencias:

- Sí, claro que te recuerdo, estoy sorprendido, ¿cómo me has reconocido?

- Te he visto justo en la esquina, ibas con tu ukelele, sin su funda, como siempre, te conocí a los 6 años eras un niño prodigio con ese instrumento, pero nunca, nunca lo ponías dentro de su estuche.

- ...

- Claro, y te he gritado, pero no te has girado así que te he seguido hasta aquí para demostrarle a mis amigas que no estoy loca. No te veo desde los once, pero te he reconocido. Ellas dicen que alucino.

- ¿Tus amigas? ¿Alguna de la escuela?

- No, no, de la escuela no volví a ver a nadie desde que me fui del país.

- ¿Pero entonces, tus amigas... ellas me conocen?

- Bueno sí, te hemos visto hace un par de años, pero como las comadres te habían secuestrado y te obligaban a ser su músico, no te había querido interrumpir.

Platero no podía articular ni una palabra, estaba feliz, pero intentaba que no se le note. Prefirió callar para que sus palabras no acaben demostrando que quería dar brincos y gritar por todo el pueblo que esa niña había sido su primer amor y que cada día se reprochaba no haber averiguado a donde se había mudado su familia.

Pero tenía que decir algo:

- “¿Así que me has reconocido... y me has venido a buscar ahora?”

- Claro. ¿Vienes conmigo?

- “Sí, sí, sí...”, dijo muy nervioso Platero dando un paso hacia adelante para terminar

-
- de cruzar el umbral.
- “Ey!, no vienes si no traes tu guitarrita.”
 - “Es un Ukelele...”, respondió él e intentó explicar la diferencia
 - “Ya lo sé, desde los once años que no puedo sacarme esas melodías de la cabeza.”
 - “¿Cómo?”
 - “Ve a buscarlo y te explico mientras caminamos”

Platero entró a la habitación de la pensión mientras se sorprendía de lo que estaba pasando. Las cosas más extrañas suceden en carnaval, pero las que dejan marca para toda la vida ocurren el Jueves de Comadres.

Texto dos:

Tan relajados que se sienten libres.
Tan libres que se sienten perdidos.
Tan perdidos que no controlan los sentimientos.
Tanto sentimiento descontrolado que genera incertidumbre.
Tan incierto como cada cuestionamiento
Tanto se cuestionan que sienten esperanzas...
Esperanza de que sentirse libres siempre.





Las cosas más extrañas pasan en el carnaval del norte.

Gorka López

Menos mal que dejé la calefacción encendida. Puede llevar ya unos días así, no me he enterado muy bien. Esta mañana menos mal que la calefacción está encendida, que la dejé encendida. Puede que ya lleve unos días así, no sé si la dejé encendida anoche o la noche anterior. O puede que lleve varias noches y varias mañanas así. Despertarse y no sentir frío, eso es lo que espero de una mañana. Y que haya algo para comer, claro. Pero hoy no, no tengo nada que quiera comer, no hace frío pero no hay nada que quiera comer. Supongo que dentro de un rato escucharé el timbre y será la comida que sí quiero comer. Porque la he pedido, porque acaba de sonar el timbre. Ahí viene, justo lo que quiero comer.

- ¡Pase, pase!
- ¿Pero qué hace un pulpo comiendo sushi? (Se ha reído el tío.)
- Sí, soy un pulpo, ¿y qué? ¡Quiero comer sushi! ¿Tú no has comido nunca sushi?
- Ya, tío, pero no soy un pulpo.
- ¿Y qué diferencia hay?

Tampoco ha puesto una cara tan rara, pero se ha ido. Después de pagarle, claro, pero se ha ido. Pensaría que un pulpo no puede comer sushi. Y tampoco sé si me ha entendido bien. Yo qué sé. Me he despertado y no hacía frío pero quería comer algo, algo que justo no tenía. Le he tenido que llamar, claro, porque quería comer eso. ¿Cómo iba a saber él que se encontraría con un pulpo? Tampoco le ha importado mucho. No ese mismo hecho. Le ha importado más el hecho de que coma sushi. Pienso que con un repartidor de pizza no habría pasado nada así. Despertarme, no tener frío, y querer comer pizza. Si hubiese empezado así no tendría por qué contaros la cara esa rara que ha puesto el repartidor de sushi. No, no, no era rara. He dicho que no era rara. Pero su pregunta ha sido esa y se ha extrañado. Soy un pulpo, ¿y qué? Es lo que quería comer. ¿Cuál es la diferencia? le he dicho. Valga la redundancia, no, no aquí no.

Esto no siempre ha sido así. O sí, sí. Creo que siempre ha sido así. No tengo razones para pensar eso pero sí, ha sido siempre así. No estoy para muchas cosas. He tenido que comer porque hay mañanas que es mejor comer lo que a uno le gusta. No estar para muchas cosas no incluye eso. En mi escala no. Tendré, estoy seguro, varios amigos que tengan una escala donde se incluye. Habría que preguntar sus razones pero quizá no tengan nada que decir. Su escala de cuando no están para muchas cosas se reduce o se amplía según con quién hablan. Por eso tengo cierta tendencia a preguntar este tipo de cosas por la mañana. Cuando están así un poco aturdidos, empezando a creer que el sol no es igual que ayer, ahí aparezco para intentar preguntar. No creas que esta mañana tengo mucho lío, son otro tipo de cosas. Ya que lo he dicho os voy a contar un poco más.

Un pulpo pide sushi desde un vigésimo piso del centro de la gran manzana. Ya se me olvida por dónde iba. No os quería contar gran cosa, tengo una impresión muy basta de todo en general. Si lo que hago aquí ha pasado alguna vez por mi cabeza, otro día me ocuparé de cazarlo y agarrarlo bien y traerlo aquí y no sé por dónde iba. Ya sabréis que estar atento implica toda una serie de cosas. Digo serie por no decir sólo cosas, porque que yo sepa no existe esa serie. Podemos empezar por donde más os apetezca, pero con orden, con orden.

Un pequeño escaparate no tiene por qué abrirse por completo. Tampoco podéis imaginar las vistas que tengo desde aquí. Yo os puedo ayudar a imaginarlo. Para no tener persianas ni cortinas es un lugar oscuro diría yo, pero no será por la luz que entra. Toda una pared que en lugar de pared es cristal, acaba donde no tiene que acabar, esto es, en la esquina. Entra mucha luz y no tengo ni cortinas ni persianas. Las vistas las podéis imaginar, es muy fácil. Nunca he tenido que abrirlo por completo, es un pequeño escaparate con vistas a lo que hay fuera. Cuando tenga que abrir.





La fiesta de los buitres.

Alma Gomis

En una fiesta siempre actúan diferentes personajes. El anfitrión, que está más pendiente de sus invitados que de la fiesta. El DJ, que hace la fiesta pero no está en la fiesta y los invitados, estos son especiales porque, en cualquier fiesta, se dividen en diferentes grupos: los que salvan el mundo, los que saben de series, pelis, música y mucho más, los que añoran el pasado, los que tienen ansia del futuro... Todos ellos, pueden ser fumadores o no serlo, conviven en armonía. Aunque, cada vez más, cada uno tiene su territorio marcado.

Hay un detalle muy importante, los fumadores describen una fiesta. Si la fiesta es buena hay menos gente fumando, si la fiesta es menos buena hay más gente fuera piti en mano (ya sea automático, liado o edulcorado) y ejercitando el músculo del habla de una manera que no hay doping en el mundo que pueda poner un músculo tan fuerte como puede hacerlo una fiesta, en la que no hay fiesta.

En toda fiesta todos sonrían, todos están guapos, todos hablan, todo quieren ser divertidos... Pero hay un personaje que es capaz de truncarlo todo: el fumador que ha perdido su mechero.

Este personaje siempre llega feliz a la fiesta con su camisa nueva, su tabaco recién comprado y su mechero recién salido del estanco. Ese Clipper que ha elegido a conciencia “que no sea choni pero que destaque para tenerlo localizado”. Su Clipper.

Como buen fumador una vez ha dado tres tragos a la primera cerveza busca a un compañero que lo lleve hasta las nubes del humo. A ellos se une un invitado cinéfilo, otro que se acaba de comprar una cámara y cree que pronto estará en la sabana haciendo fotos para el National Geographic, uno que no quiere saber nada los políticos pero no puede dejar de hablar de ellos y quién sabe quién más.

Ríen, hablan, uno de ellos decide ir a por más cervezas para todos, se une más gente y luego deciden volver a la fiesta. Bailan, hablan con otros invitados, otra cerveza y de repente ese fumador quiere volver a fumar.

Esta vez decide ir solo, ya le acompaña esa nebulosa que produce la tercera birra y que te da la seguridad para encontrarte con quién sea y contarle lo que sea.

Pero hay algo que lo cambia todo. Ese momento en el que el invitado fumador mete la mano en su bolsillo y su Clipper no está. Su Clipper, que no era choni pero llamativo, ha desaparecido. Ese momento para un fumador en una fiesta es como aquel día que a Sansón le cortaron el cabello.

El fumador mutilado sale en busca de su mechero. Le pregunta al cinéfilo que contesta que no lo tiene, el de la cámara tampoco y el antipolítica que ya está en el cuarto debate y ya tiene medio preparado su debate de investidura, por si acaso algún día, saca orgulloso su Clipper mientras dice: “no, yo tengo éste”.

Llegados a este punto el fumador entra en ira, ya que el momento de autoconvencerse de que su Clipper no está perdido se esfumó de manera políticamente correcta. De la negociación directamente pasa, la tercera birra le dio la nebulosa de seguridad pero la pérdida del Clipper le quitó la simpatía.

Así pues, entra en la fase de depresión con una cuarta birra y con la realidad asumida de que va a tener que pedir fuego. Pero no, invitados de la fiesta, la historia no termina aquí.

Porque un fumador mutilado nunca acepta y calla. Un fumador mutilado acepta y quiere venganza.

Y ahí que se nos plantó nuestro fumador mutilado cuál buitre que espera una débil presa. La presa será un invitado fumador ya bastante entonado, que por unos segundos perderá de vista su mechero y nuestro buitre fumador mutilado atacará sin piedad.

Finalmente, apareció su presa, sonriente y en posición diagonal, que sacó su mechero para ofrecérselo al buitre fumador mutilado que atacó. Atacó con ese arte que solo los fumadores saben: ofrecer una conversación, sin soltar el mechero, tan agotadora y densa que la presa que solo quiere disfrutar de la fiesta y no pensar acaba abandonando el campo de batalla.

Nuestro buitre fumador consiguió su mechero y perdió la condición de mutilado. No era Clipper pero tenía gas. El suficiente para que ese último piti de la fiesta supiera a gloria.

FOTO #02

Si supiera que nosotros estamos mirando esta foto se le sonrojarían las mejillas.

FOTO #01

“Qué descarados” piensa una. “Qué envidia” piensa la otra. “Qué bien sabe” piensa él.

FOTO #02

El dependiente del TAIL-PUP no olvidará esta venta. Los niños de la bici aún son pequeños para recordarla.





#sosloquehacés